

¿Existen las palabras?

El lugar de la morfología en la gramática actual

Florencio Del Barrio De La Rosa (Università Ca' Foscari Venezia, Italia)

Abstract The recent publication of two reference books about Spanish morphology (Aguirre 2013 and Fábregas 2013) shows the interest raised by this discipline in the field of Spanish linguistics. This note reviews some morphological notions, taking as starting point Aguirre's work. We notice that she works with an undercover 'lexicalist' notion of word. We find her treatment of productivity and, specially, of the connection between morphology and mind highly innovative and interesting. Only extralinguistic evidence might shed some light in the vexed question of the existence and nature of the basic unit of morphosyntax: the word.

La reciente publicación de dos manuales de morfología en lengua española da clara prueba del interés que esta disciplina genera en el panorama actual de la lingüística sin importar el marco teórico defendido. Desde siempre esta disciplina ha concitado las preocupaciones de los lingüistas, pero, qué duda cabe, la sintaxis ha sido el área privilegiada de las teorías gramaticales a partir de las primeras publicaciones chomskianas en los años 60 del pasado siglo, si bien ya en 1970 el propio Chomsky, con su publicación sobre las nominalizaciones en inglés, reflexiona sobre el papel que la morfología debe desempeñar como componente de la gramática. En realidad, no se trataba tanto de estudiar qué lugar ocupa la morfología en la gramática y cuáles deben ser sus objetivos, como de reflexionar sobre la formación de las palabras y su relación con otras unidades gramaticales. En la actualidad – si es que alguna vez dejó de hacerlo –, la reflexión sobre la palabra vuelve a concentrar la atención de los lingüistas. Lo demuestra la publicación reciente de estos dos manuales, entre otras muchas publicaciones. Se trata de *La morfología: el análisis de la palabra compleja* escrito por Antonio Fábregas y publicado por Síntesis (Madrid, 2013) en una colección sobre los problemas claves de la lingüística, dirigida por Juan Carlos Moreno Cabrera, y del *Manual de morfología (del español)* de Carmen Aguirre (Castalia, 2013), que aparece en la colección «Castalia Instrumenta» dirigida por Pablo Jauralde. Este último guiará nuestras reflexiones en los párrafos que siguen. Por ahora, nos gustaría dar la bienvenida a ambos manuales, que pueden leerse de manera complementaria (recomendaríamos comenzar por el de la Dra. Aguirre, más descriptivo y completo, para adentrarse después en los problemás y en la argumentación teórica del del prof. Fábregas).

El *Manual de morfología (del español)* (Madrid: Castalia, 2013) de Carmen Aguirre se divide en trece capítulos; cada uno de ellos finaliza en una bibliografía comentada en la que no faltan los trabajos más actuales sobre cada uno de los problemas tratados. La presencia de estas bibliografías parciales justifica que la bibliografía final (pp. 445-446) sea breve. La autora trata los puntos claves y tradicionales de la morfología, empezando por su definición (cap. 1, pp. 17-46), la morfología flexiva (cap. 8, pp. 241-276) y derivativa (cap. 2, pp. 47-83) con sus procedimientos principales (sufijación, cap. 3, pp. 85-144; prefijación, cap. 4, pp. 145-173; la composición, cap. 5, pp. 175-214), los procedimientos de acronimia, truncamientos y siglación (cap. 6, pp. 215-225), junto con otros aspectos más novedosos (destacamos el capítulo dedicado a la productividad, cap. 7, pp. 227-240, y subrayamos la innovación del capítulo sobre la conexión entre morfología y mente, cap. 12, pp. 361-382) y la relación entre morfología y otras partes de la gramática (la sintaxis en el cap. 10, pp. 295-318, la fonología en el cap. 11, pp. 319-360 y las clases de palabras en el cap. 13, pp. 383-444). Un modo también novedoso de tratar la sufijación apreciativa es la de situarla explícitamente entre los procedimientos flexivos y los derivativos, ya desde el título del capítulo en que se trata: *Entre la derivación y la flexión: la sufijación apreciativa* (cap. 9, pp. 277-293). La autora recorre los aspectos principales de la morfología e introduce algunos novedosos y poco frecuentes en este tipo de manuales, como la productividad o las conexiones entre morfología y mente; sin embargo, la secuencia en que se suceden los capítulos podría suscitar alguna pregunta.

En estas breves páginas, no podemos dedicar el tiempo necesario a valorar detalladamente las cuestiones que la Dra. Aguirre trata ni el modo en que lo hace, así como todas las decisiones que acertadamente toma. Nos gustaría, sin embargo, poner de manifiesto cómo la definición de palabra con la que trabaja (las palabras como primitivos sintácticos) tienen consecuencias que se reflejan en algunas partes del libro y surge de una visión lexicalista de la morfología. Esta opción cuenta con un ancho respaldo en la teoría morfológica actual y poco podemos argumentar en su contra, pero nos sorprende que la autora no se plantee en ningún momento la pregunta crucial: ¿existen las palabras? Solo la orientación lexicalista que atribuimos a la autora explicaría el porqué de esta ausencia. Bajo esta luz, analizaremos, principalmente, dos capítulos, los más innovativos, por lo demás, de este *Manual*, el cap. 7 sobre el concepto de productividad y el 12 sobre la conexión morfología-mente, pero antes nos gustaría presentar algunas definiciones que propone la autora, pues con ellas deberá desempeñarse la labor morfológica.

2

Se abre este *Manual* con la definición de la morfología y sus unidades básicas (*¿Qué es la morfología?*): «La morfología es la parte de la lingüística que se ocupa de todo lo relacionado con la palabra y su forma» (p. 15). Esta definición podría parecer demasiado general, pero no le falta razón a la autora en asociar la morfología con la lexicología, pues ambas disciplinas se aproximan cada vez más: no es posible dar cuenta de la estructura de la palabra sin considerar su significado. Esta relación la lleva, en consecuencia, a comenzar el repaso de las unidades morfológicas por la de la palabra: se trata de un concepto arduo, tan intuitivamente claro como técnicamente indiscernible. ¿Por qué empieza por aquí? Creemos que puede deberse a una orientación teórica precisa y, sin duda, consecuencia de la definición de palabra con la que trabaja: «elementos primitivos con los que trabaja la sintaxis» (p. 17) o «las unidades con las que opera la sintaxis, son sus primitivos» (p. 21). ¿Realmente son las palabras los primitivos de la sintaxis? No le incumbe evidentemente a este *Manual* plantearse una pregunta así y, mucho menos, buscarle respuesta, pero sí le corresponde no mezclar las «palabras» con los «sintagmas».

En el resto del capítulo se presentan las otras unidades de la morfología: el lexema (en cuya definición convendría afinar un poco más), los morfemas, la raíz, el tema, la base, los afijos,... En alguno de estos casos, la autora toma postura con valentía. Sirva para ilustrar lo acertado - creemos de sus decisiones el tratamiento conjunto que hace de las vocales finales de los sustantivos y de las vocales temáticas de los verbos (p. 32): «En el caso de los nombres, el tema resulta fundamental a la hora de adscribir ese nombre a un paradigma flexivo; es decir, a la clase flexiva a la que pertenece» (p. 33). Esperemos que la introducción en un *Manual* del concepto de clase flexiva sirva para divulgar y asentar la idea de que el concepto de paradigma y el de vocal temática también interesan al análisis de los sustantivos en español (en el apartado 13.3.1.1. se repite esta idea, que compartimos: «Para algunos autores, esta vocal átona final, marca de palabra, constituye una vocal temática de la misma naturaleza que la vocal temática de los verbos», p. 399).

3

El concepto de productividad resulta clave en la morfología y aplaudimos la idea de la autora de incluir un capítulo dedicado a él en su *Manual*. Se trata, además, de uno de los capítulos más interesantes, si bien sorprende que lo haya colocado en el cap. 7, después de describir los procedimientos derivativos e inmediatamente antes del capítulo sobre la flexión.

En este capítulo, la autora se hace eco de la distinción entre *morfología*

dinámica y morfología estática de W. Dressler, basada en la distinción entre formación activa de palabras y almacenamiento mental. En efecto, la aplicación de reglas morfológicas para acuñar nuevas palabras discrimina los procesos productivos de los no productivos: «La productividad es un producto del conocimiento del sistema y de la utilización de los mecanismos de formación de palabras» (p. 237). Muy clara queda la distinción entre productividad y creatividad: «La productividad está relacionada con las reglas morfológicas y el conocimientos implícito de dichas reglas. Sin embargo, la creatividad acuña términos por simple analogía con otras palabras» (p. 239).

4

¿Existen las palabras? La respuesta a esta pregunta no es fácil y quizá ni siquiera posible. La decisión que tomemos debe considerarse como una hipótesis sobre la que sustentar el análisis morfológico y solo la experimentación psicolingüística puede ayudar a resolver la cuestión. Por este motivo, subrayamos la trascendencia que tiene el capítulo 10 de este *Manual*, sobre la conexión entre la morfología y la mente. La autora presenta cómo está organizado el léxico en nuestra mente y ofrece tres propuestas que pretenden explicar cómo está organizado nuestro conocimiento morfológico. Los hablantes podemos optar entre «dos caminos para recuperar las palabras complejas que ya conocemos: tomarlas de nuestra memoria o formarlas mediante mecanismos de computación» (p. 371). La autora resume tres propuestas sobre la relación entre el almacenamiento de unidades léxicas y el empleo de reglas para crearlas: las de Pinker, y los modelos conexionistas basados en los trabajos de Bybee. Los estudios psicolingüísticos demuestran que el conocimiento morfológico está estructurado en nuestro cerebro y, por lo tanto, las teorías actuales que niegan la existencia de la morfología deberán tenerlos en cuenta. La autora presenta solo estudios que se han ocupado de la morfología flexiva, lo que reforzaría la separación entre flexión y derivación, si bien tal distinción parece diluirse en las teorías morfológicas contemporáneas.

En efecto, también ella pone de manifiesto la imprecisión de esta diferencia en algunos momentos del libro. La síntesis que presenta sobre las diferencias entre flexión y derivación en el apartado 8.4 (*La flexión frente a la derivación*, pp. 271-274) ofrecen al lector un repaso crítico de alguno de los criterios aducidos para separar estos componentes de la morfología: la relación con la sintaxis de ambos mecanismos, su productividad, el cambio de significado (destacamos la pertinencia de ejemplos como *las harinas* y *las aguas* y de pares como *el bolso - la bolsa* para mostrar que también las marcas flexivas comportan un cambio semántico, más propio, en principio, de la derivación), etc. Señalamos como un acierto el planteamiento con

que la Dra. Aguirre afronta la derivación verbal y que pone en evidencia una vez más lo frágil de la distinción: «Un problema con el que nos encontramos es que muchos de los verbos que se crean lo hacen con la simple unión de la terminación flexiva del infinitivo *-ar*. [...] Tenemos que decidir si consideramos esta terminación en *-ar* como un sufijo derivativo, además de ser el morfema flexivo del infinitivo verbal» (p. 125): «Nosotros vamos a considerar que la terminación del infinitivo se convierte en estos casos en un verdadero sufijo derivativo para formar verbos a partir de otras categorías verbales» (p. 126). Quizá su elección sea discutible, pero no cabe duda de su valentía en abordar esta cuestión, que ha quedado en silencio demasiadas veces. El tratamiento que propone de los sufijos apreciativos «entre la flexión y la derivación» (cap. 9) también corrobora la vaguedad entre ambos procedimientos.

5

En definitiva, Carmen Aguirre nos ofrece en su *Manual* un panorama completo y general de la morfología en la actualidad. Trata con inteligencia los temas principales de la morfología, toma postura ante cuestiones cruciales y dedica espacio a conceptos fundamentales y a los avances teóricos en el campo (las marcas de palabra, la productividad, la conexión entre morfología y mente, así como otros aspectos psicolingüísticos, la teoría de la optimidad en la morfonología, las clases flexivas, las irregularidades en la flexión verbal, etc.). En ocasiones, la sencillez exigida a un manual sirve de parapeto tras el cual el autor se ve legitimado a repetir lo ya dicho y a continuar una visión tradicional sobre la disciplina. Por esta razón, consideramos importante que Carmen Aguirre haya introducido en su *Manual* cuestiones y análisis novedosos que pueden ahora divulgarse entre estudiantes y estudiosos. La escritura de un manual, por tanto, debe desarrollarse en dos niveles: el superficial, en el que se organizan las definiciones y los conceptos para que el lector pueda asimilarlos de la mejor manera posible, y el profundo, el nivel de los principios teóricos en los que se basa el autor y que bien pueden quedar implícitos, pues no son fundamentales en un primer acercamiento a la disciplina. Por esta razón, en los párrafos anteriores hemos intentado sacar a la luz la línea teórica lexicalista que parece guiar a la autora y que permite comprender y valorar más justamente alguna de sus elecciones.

La autora no responde a la pregunta sobre la existencia de las palabras, pero nos enseña con qué unidades, procedimientos, paradigmas y pruebas psicolingüísticas cuenta la morfología para estudiarlas en la hipótesis de que existieran.